

EL LABRIEGO

Año 38

Decano de la Prensa Manchega.
FUNDADO POR DON CEFERINO SAUCO DÍEZ

Núm. 11.955

DIRECTOR:

ARTURO SAUCO ARDILA

CIUDAD REAL 31 DE OCTUBRE DE 1915

La correspondencia al Director.

ADMINISTRADOR:

JUSTO S. ESCRIBANO

EL MONÓLOGO DEL MUERTO

(La escena tiene lugar en el centenario de San Lorenzo y San José á la sombra de unos cipreses del mejor gusto, debajo de un elegante sarcófago y dentro de un confortable ataúd de acero galvanizado. Todo respira buen tono, y todo pregonaba la importancia desmedida del muerto; todo, desde el brillo de las coronas, recién salidas de una reputada fábrica de pena artificial, hasta el pálido fulgor de los hachones, los más amarillos, los más gordos, los más elegantes y fúnebres que un muerto ilustre puede ambicionar, por muy ilustre que sea; todo parece rendir un tributo de admiración al eximo ex vivo. Todo, desde la campana del cementerio, que dobla lúgubremente, hasta el piar de unos pfcaros gorriones que saltan entre las ramas tristonas de los cipreses, y el rumor del viento al agitar sus copas, parece entonar un himno encomiástico de tanta elegancia y de tanta riqueza. Todo, en una palabra: gorriones, campana, cipreses, hachones y céfiros, parece que murmuran con su mijita de envidia: «¡Ay!... ¡quién fuera el muerto!...»)

HABLA EL CADÁVER DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR.—¡Nada!... Está visto que, á pesar de todos los razonamientos que á mí mismo me dirijo, no me resigno con esto de estar muerto hasta la consumación de los siglos, como un cualquiera.

Poco más de un año llevo bajo la tierra, y estoy tan á disgusto como el primer día. Verdad es que el clima no me sienta, y entre la humedad y este diluvio de gusanos, me estoy quedando en los puros huesos... ¡Ayer mismo se me comieron los malditos el último trozo de nariz que me quedaba!... De mi *terno* ni acordarme quiero. Esto ya no es frac, ni este guñapo sucio y carcomido es camisa... ¡Estoy impresentable!... ¡Hecho un adefesio!... (Pausa. El Excelentísimo Señor suspira. Por cierto que el aire se le va por entre las costillas, que están al descubierto.) Lo que más me mata... (Su Excelencia se sonríe al notar que ha dicho una majadería) es el aburrimiento. ¡Qué eternas noches las del invierno!... ¡Se acabaron aquellas veladas al lado de la roja chimenea, pasadas apaciblemente en compañía de amigos queridos al lado de mi mujercita, de mi Inés! Aquí ni se hacen visitas, ni se tienen amigos... Quite usted el sordo rumor del goteo de la lluvia sobre la tierra mojada, suprima usted el zumbido monótono del viento al romperse en los cipreses y... ¡se acabaron las distracciones!... ¡Qué soledad!... ¡Qué

frio!... Esta vida de muerto es inaguantable... (Aunque el excelentísimo Señor ha soltado otra tontería, ya no se sonríe.)

¿Y mi alma?... ¿Qué habrá sido de mi alma?... Desde que nos separamos no he tenido de ella la menor noticia. Y, sin embargo, cada vez que la recuerdo, siento escalofríos parecidos á aquellos postrimeros que acabaron con mi existencia... ¿Será esto un presentimiento funesto?... ¿Dónde estará mi alma?... (Pausa y transición.) ¿Qué hará, qué pensará la que en vida fué la mitad de ella?... ¿Habrá podido mi pobre Inés sobre llevar mi pérdida?... Yo creo que no... ¡Ella tan tierna,

CUADROS DE LA GUERRA



Barcos de guerra aliados atacados en los Dardanelos por las baterías turcas.

tan amante, no hubiera dejado de hacerme siquiera una visita!... No ha parecido por aquí... *ergo*... también ha muerto... ¡Estoy seguro!... (Suenan pasos en el cementerio, y el ruido cambia la dirección de los pensamientos de Su Excelencia.) ¡Hombre!... Ya están ahí los de todos los domingos... La viuda del albañil que es casi vecino mío, y su chiquitina... Hoy traen flores... ¡Claro!... Tratan de obsequiar á su muerto en el día de los Difuntos... (El ilustre cadáver se digna observar á los visitantes á través del sarcófago.) Ya colocaron sus flor-ecillas y ahora lo de siempre... ¡á rezar!... Todavía no he podido explicarme lo que siento cuando la voz cansada de la madre se une á la argentina de su criaturita para rezar el *Padre nuestro*... siento así como cólera y enternecimiento á un tiempo... ¿Será envidia?... (Pausa y con despecho:) Yo creo que sí... Porque parece mentira, y no lo es, que ésta es la hora que al cabo de un año ni siquiera me han dicho... ¡por ahí te pudras!...

¡A mí, á un caballero de todas las órdenes habidas y por inventar!... (Pausa) ¡Eche usted *Padre nuestros*! ¡Qué pesadez!... ¡Sería cosa de taparse los oídos, si los gusanos no se los hubieran ya comido!...

(Entran en escena una señora, muy guapa por cierto, que da el brazo á un caballero. Se dirigen al sarcófago y se detienen contemplando el conjunto que ofrecen sus fúnebres adornos.)

¡Cielos! ¡Mi viuda!... ¡Y del brazo de Eduardo, mi amigo del corazón, mi otro yo!... ¡Casados ya!... Esto es para morirse de rabia... Y ella está más gorda, y más sana y más satisfecha que nunca... ¡Ah traidora!... ¡Y se van y me dejan!... ¡Y ni siquiera me rezan una oración!... (Habla á gritos y se agita con desesperación.) ¡Eh, canallas!... ¿No oís que os pido una plegaria?... ¡Una siquiera, y os perdono!... ¿No os acordáis de mi alma? (Se alejan tan frescos los visitantes, y Su Excelencia, sollozando, hunde el rostro en la almohada que sostiene su cabeza.) ¡Y mi pobre alma!... ¡Ni un *Padre nuestro*!... (Con desesperación indecible.) ¡Ay!... Quién fuera albañil!...

(Se oye la voz de la viuda del albañil y de la niña,